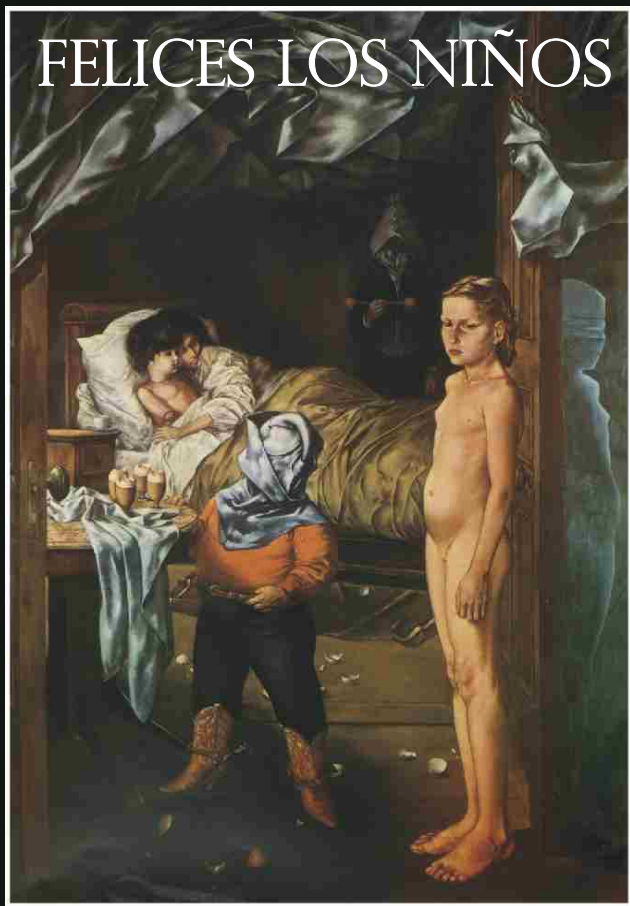


COLECCION
OCTAEDRO

CUENTOS

FELICES LOS NIÑOS



PATRICIA BENCE CASTILLA



Felices los Niños

Patricia Bence Castilla

Felices los Niños

Cuentos

Ediciones Ruinas Circulares
Collección «Octaedro»
Gama

Bence Castilla, Patricia

Felices los niños. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ruinas Circulares, 2013. - (Octaedro. Gama; 0)

E-Book.

ISBN 978-987-1610-88-4

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7 · B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

© Patricia Bence Castilla
patriciabence@ciudad.com.ar

Cuadro de tapa e interior: Dorothea Tanning

Prólogo

Acerca de «Felices los niños» de Patricia Bence Castilla

En la felicidad existe la satisfacción o la complacencia en la plena posesión de un bien: pero en las bienaventuranzas del Sermón de la Montaña, todo se invierte, se vuelve contradictorio. Es feliz el que es pobre, llora o es perseguido. Para decirlo en los verdaderos términos son felices los infelices. La situación de los niños no pertenece al contexto del mentado Sermón; no obstante a los niños le está reservado el mismo Reino de los pobres, los que lloran o los perseguidos, por tanto es posible que los niños vivan esa situación paradójica. Y de esa situación trata este libro de relatos. Precisamente de la injusticia y dolor en que transcurre esa parte de la vida donde no hay defensas posibles: toda una literatura entre ridícula e irreal, de manifiesta cursilería intenta reavivar la nostalgia de una edad de oro, donde se viven perfecciones y felicidades. Contra esta imagen almibarada del mundo y de los propios niños, Patricia Bence Castilla escribe este libro con dejos de la cuentística de la española Ana María Matute.

En el centro de esta visión vive cualquier niño de estas narraciones, acosado por adultos abandonados («La llama del Dragón», «El espejo», «Cumpleaños Feliz») o perversos («Juego de mano, juego de villano» «La Elvira»), solo como tal vez no esté ningún adulto o probablemente mucho más solo, con un único acompañante, su doble, el muñeco, el títere. En «La llama del Dragón» el alter ego (dragón) produce la repetición del acto indeseado: la maldición adulta encarnada en el alcohol; el juguete puede reproducir un mundo falsamente hermoso al que hay que esperar («El tren expreso»), una hermandad cómplice («El alféizar», «El llanto de la sirena»), unirse a una infancia estancada («Lista de invitadas»), o producir un efecto revulsivo («Los ojos de la muñeca») hasta que se efectúe el fin del cuento de hadas («El disfraz»). El muñeco- títere como alter-ego significa una comunicación imposible, un mundo perfecto y eterno al que jamás se logrará acceder, el único al que se le habla para oír las palabras deseadas (o aterradoras para reproducir fielmente a los adultos) o para decir lo que está prohibido antes que la soledad se transforme

en psicosis. También se lo puede matar, aniquilar, o realizar con él la ceremonia adulta de la iniciación («Los ojos de la muñeca»). El muñeco habla de un malentendido, de lo feroz. Es siniestro, porque es familiar, amigo y enemigo, es portavoz del silencio y del vacío. Anuncia la muerte y la soledad. Pero ambivalentemente las transfigura y enseña lo que para siempre será el aprendizaje de los adultos: mentira y negación.

En la infancia también existe la marginación y puede no haber un tránsito a la vida adulta («Ella», «La Elvira», «La ciega luz del invierno»). La adolescencia es lo mismo y ya no hay ni siquiera la ventura de fingir en el juego («La Elvira», «El vuelo de la mariposa» «El espejo»). Ha desaparecido la brutal dulzura del muñeco: no hay posibilidad de esconder la cabeza entre las sábanas.

El simbolista Marcel Schwob habla en el epígrafe de *pequeños vagabundos, llenos de una fe ciega y furiosa que se aventuran hacia la tierra prometida*. Se les garantiza ser *aniquilados*. Lo vagabundo, lo sin patria es muy propio de la infancia: tomar «el tren expreso» y huir mediante el juego o de cualquier manera. La fe ciega y furiosa, esa rabia de haber sido estafados y no obstante conservar la fe absurda, casi una religión al estilo de Tertuliano o de Kierkegaard, pero una fe sin Dios, es el segundo motivo de aniquilamiento. No hay tierra prometida posible, y el niño no lo sabe y lo sabe. El muñeco se lo recuerda. Se conservará la fe ciega y furiosa hasta la adolescencia, después nacerá la hipocresía para no desaparecer nunca: un ateísmo asqueado de permanente sonrisa.

Un escritor, como decía Hegel, logra la dicha pura de saber que eso que surge a la luz no es otra cosa que lo que dormita en la noche. Los niños no saben que esta posibilidad sólo reside en la escritura. Es la única venganza.

Por eso, como soñaba Mallarmé, los poetas sólo se interesan en la realidad del lenguaje porque no se interesan en la realidad del mundo. Me animo a imaginar que allí se recupera la infancia en su posibilidad de juego, de dicha inventada y sustituye a la petrificación del muñeco por palabras siempre abiertas.

Camila en «Los ojos de la muñeca» ha realizado el tránsito a lo real insoportable y la muñeca es la farsa para aniquilar, a la vez que el aniquilamiento de la tierra prometida de Marcel Schwob. *Las cosas bellas están aún por suceder* dice Bence Castilla con sarcasmo.

Habrà que leer con cuidado y mucho interés este libro, que sí es bello y sucede, con la ferocidad prometida. Literatura es lenguaje en tensión como la infancia. Se acercan peligrosamente. *Felices los niños, felices los infelices*, es prueba de ello.

El poder extraño y perfecto de lo salvaje.

LILIANA DIAZ MINDURRY

A los míos

No los conocí. No fue acariciada mi vejez por sus frescos alientos. No vinieron a suplicarme con sus tiernas bocas entreabiertas. Solos, como pequeños vagabundos, llenos de una fe ciega y furiosa, se aventuraron hacia la tierra prometida y fueron aniquilados.

Marcel Schwob

La cruzada de los niños
«Relato del Papa Gregorio IX»

Felices los Niños

La llama del Dragón

Eran tres alpinos que venían de la guerra, eran tres alpinos que venían de la guerra, ahítí, ahítá rataplán, que venían de la guerra. El más chiquitito, traía un ramo de flores, el más....

- Clarita, decime, ¿vos escondiste la botella?

- No, mamita, yo no fui.

...el más chiquitito, traía un ramo de flores, ahítí ahítá, rataplán, traía....

- Dejá de cantar que tengo la cabeza que me da vueltas como un trompo y ayudame a buscar la botella, si no lo hacés, te tiro por la ventana esos títeres, que la verdad, me tienen harta.

- No, mamita, por favor, yo no tuve nada que ver con tu botella, fue la abuela, ella fue, me lo dijo Rosa, ella la vio cuando tiraba el vino por el inodoro.

- Qué estás diciendo, mocosa de mierda. Andá, comprame otra. No, mejor una damajuana.

- Pero mamita, si está todo cerrado.

(La mujer arrastrando los pies como si fueran piedras, alcanza a Clarita y tirándole del pelo la hace levantar en un solo movimiento).

- Te dije que fueras a comprarme vino, necesito vino, ¿me entendiste? Yo te voy a dar decirme mentiras, te crees que no sé que Rosa hoy no está y que tu abuela se fue a Tortuguitas. Te crees que

soy idiota, andá al almacén de don Braulio, seguro que tiene el negocio abierto y si no, hacé que te abra.

(Clarita está acostumbrada a los pedidos absurdos de su madre, por lo que se encoge de hombros y toma el dinero que le dan mientras esconde los títeres debajo de la cama, menos uno).

- Que yo no me vuelva a enterar de que me tirás las cosas. Ya verás qué haré con las tuyas, ya verás-y casi sin respirar continuó diciéndole-. Golpeale la puerta verde, la que está a la derecha, la que no tiene timbre, él te fiará si no te alcanza, después de todo me debe algunos favores.

- Sí mamá.

- Que no me entere, como sucedió otras veces, que se te cayeron las botellas, que no te atendieron, que no había vino, que la damajuana venía casi vacía, que en vez de lo que te pido compraste algún jugo, te conozco bien, basta de tonterías, o hablaré con tu padre cuando vuelva de viaje.

- Ya volvió, mamita, está en su casa, ¿querés que lo llame y le pregunte si quiere venir a darnos una mano?

(La toma de una oreja y con paso tambaleante la lleva hasta la puerta de entrada).

- Mirá m'hijita, hacé caso a lo que dice tu madre, o este fin de semana te quedarás en penitencia.

- Pero si me da igual, siempre estamos encerradas.

- Entonces, haré que salgas, así no tengas ganas.

- No, eso no.

- Entonces hacé lo que te digo.

-¿Por qué no vas vos?

- Andá, no me lo hagas repetir, basta de tonterías, no me siento bien, estoy descompuesta, necesito algún energizante que me vuelva a la normalidad. Me tiembla el pulso, este mundo de mierda es algo que no soporto. ¿Me entendés? No, qué carajo vas a entender, si estás en la etapa de la estupidez, no hay más que verte, andás arrastrándote por el suelo con esos muñecos rotos, son una porquería, no sé qué gracia les encontrás.

-¿Qué quiere decir normalidad, mamita?

(El portazo da por terminada la conversación. Clarita sin inmutarse llama al ascensor, y luego, tararea el estribillo de la canción: ... *ahití ahitá, rataplán, ahití ahitá, rataplán...*, piensa sobre si debía o no debía hacer esa compra. Decide que ella no tiene ningún poder. Cree que su Dragón la protegerá. Cruza la avenida saltando una sogá imaginaria. En una pequeña mochila lleva a su muñeco preferido, le cuelga la cabeza que sale por una abertura del cierre a la altura del hombro. Ella sueña con volver a ese mundo mágico que ha quedado debajo de la cama. Al rato se encuentra golpeando la puerta verde).

- Hola, don Braulio, ¿podría venderme una damajuana de vino?

- Otra vez, piba. ¿A ver, cuánto tenés?-Toma el billete arrugado lo mira a trasluz y viendo que es bueno se mete a la despensa desde donde aparece con una damajuana-. Te voy a cobrar el envase, nada de fiado, ya hay varias que no me han devuelto, así que ahora. Lo que quiero decirte, es que le digas a tu mamá,

bueno, eso, que no habrá vuelto. Ah, y la próxima vez no vengas a la hora de la siesta, ¿entendiste?, es la última vez que te atiendo.

(Clarita deja el pesado botellón sobre una mesada. Percibe que la madre no la oye llegar, despacio, vuelve a su cuarto y sigue cantándole a su Dragón, al rato la madre ingresa a la cocina buscando su vino).

... Y la princesa que estaba en la ventana y la princesa que estaba en la ventana, ahítí ahítí, rataplán, que estaba en...

- La puta que te parió, no podés cantar sin hacer tanto escándalo, te oigo desde mi habitación, ¿te das cuenta?, estamos a varios metros, dos paredes de por medio y vos cantando a voz en cuello como si te estuvieran desnucando.

- Pero, mami, si canto despacito.

- No quiero oírte, no puedo descansar, necesito descansar, los fines de semana están hechos para descansar, para olvidarse de la rutina, de la muerte, bueno, no, de la muerte, no, esto ya es una manera de morir, creo que los domingos deberían ser borrados del calendario. Pero, qué te estoy diciendo esto a vos, mocosa de mierda, si hicieras menos ruido, si no cargara con la responsabilidad de cuidarte, me iría por ahí, pero en cambio.

(La madre se recluye en el cuarto. El ruido del líquido cayendo sobre la copa se oye dentro de la tarde del domingo como un sonido perturbador que Clarita parece ignorar, porque ella, mientras tanto, juega).

... y la princesa que estaba en la ventana, y la princesa que estaba en la ventana, ahítí ahítí rataplán, que estaba en la ventana; Oh, buen alpino regalame esas flores, oh...

- Clarita, vení pronto, ayudame, estoy segura de que intentan entrar ladrones por la puerta de atrás. Seguro que se debe a un descuido tuyo, dejaste la puerta abierta, sos una descuidada, para qué te di las llaves, por qué no pusiste la traba, ¿decime? para qué la hice poner, con lo caras que son, todo para que vos andés papando moscas por ahí, mirá que sos distraída, siempre con la cabeza puesta en otro lado, menos dónde debés, qué puedo esperar con una hija así, no me dás más que disgustos. ¿Oís los ruidos?, están entrando por la puerta de servicio, están en mi cuarto, sacalos pronto, llamá a tu papá, a la policía, a tu tía, a quién mierda sea, pero, por favor, sacálos de ahí.

(Clarita deja sus juguetes en la alfombra, sabe que ya no corren peligro, luego se acerca a la madre para llevarla de la mano al dormitorio. Le abre la persiana. Apenas un poco. Sabe las consecuencias que la luz le provoca. Entreabre como para mostrarle cada rincón, abrir de par en par las puertas del placard, recorrer las cortinas, tapar el espejo con una sábana, lograr que se acueste. La arropa con una manta. Le pasa un paño húmedo por los labios. Cierra otra vez las persianas).

- No. Agua no, vino, Clarita, vino. Lo necesito para volver a equilibrarme, estoy en un estado de nervios espantoso, tengo la lengua reseca, ¿no ves como me tiemblan las manos? Apiadate, preciosa. Apiadate de tu mamá, ¿no te doy lástima? Necesito un trago, no seas perversa, dámelo. Ahí, debajo de la mesa de luz, allí, te juro que después no tomo una gota más, total es domingo, mañana iré a trabajar, te lo prometo. Sos amorosa, así se portan las nenas buenas. ¿A quién salís?

A tu padre, no. Seguro que no, el muy canalla. Gracias, mi querida, gracias.

(La mitad del vaso cae como siempre sobre la ropa de cama. No hay muda que alcance. Siempre igual, cada fin de semana. No es mejor el lunes que el viernes, debido a un despertador que nunca se oye, por esas llegadas tarde al colegio, o esa espera inútil de que alguien venga a buscarla, o por ese cuaderno con amonestaciones, por ese reproche permanente del padre: «Vos siempre declarada en rebeldía, así porque sí. Otras nenas estarían agradecidas de pertenecer a una escuela como la tuya, de que sus papás se ocupen de ellas, de dar a cambio sólo lo que se les pide. ¿A qué no sabés qué se les pide?, buenas notas, eso es todo». Clarita no quiere oír más, es un lenguaje extraño, como el de sus nuevos vecinos, raro, incomprensible. Así. Siempre. Todo igual. Semana a semana).

... Oh, buen alpino regálame esas flores, oh buen alpino regálame esas flores. Te las daré, si quieres ser mi esposa, te las daré, si quieres...

- Clarita, traé esos títeres para acá.

- No, mamita, por favor, me voy a portar bien, te lo juro, no me los tires, la última vez los tuve que sacar de la basura, me voy a portar bien, te lo juro, te lo juro.

- Por la ventana te los voy a tirar, Clarita, ya te lo dije, así revientan, así terminás con tanto ruido, con la misma puesta en escena. Si no fuera por ese dragón nuevo, hace más de dos años que te oigo con la misma cantinela, los mismos movimientos de cabezas; los tres alpinos, el rey, la princesa, basta, basta, no doy más.

- Por favor, mami, ¿sí?, te prometo que no voy a hacer más ruido, me quedaré callada, me voy a quedar a oscuras así la luz no te encandila, así podés dormir con la puerta abierta, qué te parece, ya está oscureciendo, nadie podrá molestarte, jugaré al oficio mudo. ¿No te acordás?, el Dragón fue un regalo tuyo para mi cumpleaños, vos me dijiste que apenas alguien quisiera hacerle daño a la princesa, él lanzaría llamas hasta que se incendiara todo, a ella nunca le iba a pasar nada. ¿Ya te olvidaste? Ves, mamita, mirá, mirá como le hago abrir la boca, ¿ves?, que lindo, es el títere que más me gusta, él nos defenderá, ¿te das cuenta?, además te va a salvar de los ladrones, de los murciélagos y de los fantasmas, ¿no es acaso con ellos que soñás todas las noches? Con él se terminarán las cucarachas, los escarabajos, los bichos que se arrastran por el piso, las víboras, todo eso, que no hacen más que darnos miedo. Sí, qué bueno, entonces, me dejás que lo conserve, qué bueno, mamita, gracias, cómo te quiero.

... si quieres ser mi esposa, ahítí, ahítá...

(Del otro lado, un rato después, la voz de la madre se alza en murmullos, se desdobra en desprecio, en rabia).

- Me voy a matar, eso me voy a matar, la vida es una mierda, que se vayan todos al carajo, manga de inútiles, eso es el mundo, una manga de inútiles, un reloj fuera de hora, un péndulo tieso, un basural. Clarita, andá a comprarme un poco más de vino. Me oís, andá te digo, mocosa de mierda, ya te voy a dar apenas me sienta un poco mejor, también voy hablar con tu padre a ver si él te pone en vereda. Será posible, andá te digo, o te pongo en penitencia.

(La madre grita incoherencias. En su dormitorio Clarita, abraza al Dragón. Le canta. Clarita, canta. Cada vez más fuerte, canta. La madre grita).

... Buenos días señor Rey, me caso con su hija, buenos días señor Rey, me caso...

(Clarita cierra la puerta. Se esconde debajo de la cama y le habla en un susurro a su títere preferido. Hay pocas luces encendidas).

-¿Decime, Dragón?, cómo sigue, no me acuerdo cómo sigue, me olvidé. Tengo miedo, debe ser que estamos casi a oscuras. Por favor, dale, sé bueno, decíme algo, estoy asustada, que no grite más, por favor, hacé que no grite, que no grite. Por favor, mirá que van a venir las cucarachas y los cascarudos y los murciélagos y los fantasmas y las víboras y todos los bichos que están en el cuarto de mamita, ¿qué esperarás para abrir la boca y lanzar esa llama feroz? ¿Por qué no lo hacés? Para qué existís si no es para salvar a la princesa. Mienten. Todos mienten. Vos también. No te quiero. Malo, eso es lo que sos, un muñeco malo. Malo. Puto. No voy a jugar más con vos.

(Clarita en la penumbra aprieta el cuello del Dragón. Comienza a cantar despacito, con rabia):

... fuera de aquí... fuera de aquí.. .. o te haré fusilar ahítí, ahítí, rataplán, o te haré fusilar.

(En la habitación de la madre se oye una copa que estalla contra el piso. Clarita se acerca a la puerta. Espera. Oye una respiración pesada. Entra sigilosa. Levanta los vidrios rotos. Vuelca por el inodoro el contenido de la damajuana. Apaga las últimas luces. Vuelve a su cuarto. A tientas busca al Dragón. Lo pisotea. Lo tira en el cajón de los juguetes. Cierra despacio. Se acuesta. Hace silencio. Tiembla).

- ¡Abuela! ¡Rosa! ¡Socorro! Tengo miedo. ¡Vengan!

(Clarita se angustia. No puede dormir. Se levanta. Va a la cocina. Revuelve dentro de la alacena. Encuentra

una botellita escondida detrás de una lata de cereales.
Bebe. Vuelve a la cama. Juega con el borde de la sábana.
Canturrea):

*... y la princesa que estaba en la ventana, y la princesa,
que estaba en la...*

(Clarita, al rato, aliviada, sueña).

La Elvira

La rutina, la de siempre; varios trastos que lavar, el llanto de los pibes, el piso sucio de la cocina, demasiado cansancio por la noche para pasar el trapo, calentar el agua, echar en la olla grande un poco de detergente para los repasadores, así, desde hacía mucho, como si hubiese nacido con un estropajo en la mano, las zapatillas rotas, un aburrido silabeo de palabras que le daban todo el tiempo vueltas por la oreja, como si alguien le dijera que no debía darse por vencida, que en algún momento debía tomar el coraje de decir: Basta, no quiero más, estoy harta, no tengo por qué hacerlo, que haga otra el esfuerzo, pero yo, la Elvira, no.

Había nacido pobre, no tenía estudio, ni qué decir de la lectura y eso de la escritura que para ella no tenía cabida si no era con tartamudeos: demasiado ignorante, pero, según decían, buena piba, resignada, cabeza gacha, dispuesta, siempre de buen talante. Hija de doña Rosa, muerta hacía un par de años, que le había enseñado, bueno, no sólo a ella, sino al resto de sus hijos: El valor de la honradez, el respeto por los mayores, aceptar el destino que a cada uno le había tocado en suerte. Por eso, la Elvira, cada mañana, a las seis menos cuarto, comenzaba a encarar sus tareas tratando de sonreír, o de entonar alguna melodía, como para que no pareciera que estaba molesta por eso del destino. Todos los días igual. A las siete, los desayunos. A las ocho, vestir a los chicos. Los que de algún modo andaban como podían.

Su madre había pretendido para ella un marido de buen porvenir, y por qué no, un hombre solícito, compañero, que no fuera mujeriego, que no tuviera

tampoco una botella medio vacía al lado de la cama como único remedio para el hartazgo de los domingos; que no la sometiera todos los días como si fuera un hábito, como solía suceder en esos barrios pobres, marginados, sino, que por el contrario, la mimara y la atendiera como a una señora. Nadie aspiraba a que se la tratara como a una reina, eso no, bien sabía la Elvira, que su realidad era la de un piso de tierra, paredes de ladrillo hueco y techo de chapa, pero por lo menos ella tenía la esperanza, al igual que la madre, que un hombre la quisiera de un modo digno. Muchas veces, aquello a lo que se aspira, ni ahí se le acerca con el pasar de los años. Pensó que ella tal vez no lo mereciera; a ése, al marido con el que su mamá había soñado, debido a que nunca supo ser una buena ama de casa, ni ocuparse como Dios manda de los críos, menos que menos de servir en horario las comidas, lavar la ropa, tenderla, plancharla, cocinar para todos. Esto, a la Elvira, la hacía sentir mal, no ocuparse más y mejor de las tareas domésticas le daba culpa, cosa rara, pero así sentía. Ella pensaba que nadie podría haberla querido bien, ni siquiera era capaz de servir al cabeza de familia como era debido. A su madre no le hubiese gustado: una mujer debe estar siempre al frente del hogar: "Pase lo que pase". Era otra de sus frases preferidas. La Elvira no entendía cómo a él no se le había ocurrido que no era bueno haber traído tantos hijos al mundo, por más bruta que fuera, era cosa que a cualquiera con un par de dedos de frente, se le hubiese ocurrido, además para tratarlos como Toribio lo hacía, así, como pordioseros, no valía la pena. Andaba con pocos miramientos, era un tipo desconsiderado con cuanto ser viviente se le pasara por delante, había que aguantarlo con sus borracheras los fines de semana y ese mal humor que desparramaba cada vez que volvía del trabajo. Hacía changas.

Eso de rumiar a solas no tenía ningún valor, porque lo que tenía era ganas de irse a vivir a otro lado, abandonarlos, organizar una partida donde nadie más pudiera hallarla, así tuvieran que salir a buscarla con perros, en el medio de la noche, estando ya bien lejos del caserío, nadie podría saber adónde había ido a parar. Después se perdería en la capital, iría hasta el mismo obelisco trabajaría de doméstica, cama adentro. Quizás, de esa manera, se liberara de la mano del tipo ése, de qué otro modo podría calificarlo, si era un mal parido, nada le satisfacía. No le gustaba el puchero porque tenía gusto a poco, el mate, porque estaba mal cebado. A las alpargatas, si no las tenía lavadas, se las sacudía sobre las nalgas, mientras la mina ésa, la Coca, deambulaba por la casa como si le fuera ajena, en vez de echarle una mano; ésa era la idea que tenía la Elvira sobre el compañerismo que debía existir con las personas del mismo sexo. En cambio la Coca, seguía caminando con esos aires de diva y tan alejada de todo, que en vez de ocuparse por las tareas que tenía asignadas, se pintaba las uñas, se teñía el pelo y se pasaba ungüentos por la cara, como si en vez de tener una casa a cargo, hubiese instalado una peluquería a tiempo completo. Vaga, eso, es una vaga, pensaba la Elvira, mientras dale que te dale remendaba la ropa de los críos; aires de princesa se da ésa, para luego seguir dando puntadas y estirar el hilo como si nada, con monotonía, con aire resignado, como si no tuviera otra cosa más que hacer durante el resto del día: Todo el sueldo se tira encima, gasta lo que no tiene. La puta que la parió, si da lástima ver a los pibes con los mocos a la altura de los dientes, las zapatillas rotas, ni un mísero mendrugo de más como para hundirlo en el mate cocido a la hora de la merienda, ni tampoco para los garbanzos, que de tan caros, ya ni los podemos usar en la lotería. No, si ella se iba a ir pronto,

ya iban a ver ésos, después de todo, ella, debía aspirar a no tener una vida limpiando pisos, o que de la mañana a la noche tuviera que estar lavando pañales, ya que ni para los descartables les daba el cuero, dado que los ahorros que la Elvira se ocupaba en acumular para salvar algunas indigencias, pesito sobre pesito, moneda sobre moneda, ganancia pura por canjear sin ganas alguna mirada lujuriosa, con la que lograba bajar el precio de la carne, o de la verdura, aunque machucada muchas veces, poco importaba en el guiso, o en el estofado, terminaban haciéndose humo. Esos ahorros eran suyos, todo para qué, para que él los encontrara escondidos en alguna parte y se los tomara en tragos de moscato al que siempre, parecía sumamente afecto y que en cambio para la Elvira, no dejaba de ser una bebida repugnante. Ni en los gustos se parecían, ni en eso.

Si no hubiese sido porque el hombre se le tiraba encima cada noche, sin darle respiro, haciéndola sentir una mujer de la calle, con ese permanente sometimiento que la dejaba con olor a ropa sucia o mal lavada, ella hubiese sido menos temerosa, más segura, sin tantos remilgos trabados en la lengua. Nadie fuera a pensar, por eso de la costumbre, que a ella le pareciera menos vergonzoso que el hombre le pusiera la mano encima por eso de hacerlo tan seguido. Estaba tan harta, que muchas veces pensó en matarse o matarlo, pero no le daba para eso, después de todo, si en algo creía, era en que arriba había alguna justicia donde se pagaría los pecados tarde o temprano, y también pensaba muchas veces, que no fuera a ser que por el hecho de querer escaparse de un infierno conocido, la situación la llevara a otro del que nadie había dado cuenta. Por otra parte, le había dicho una vez a su madre. “Te prometo que no voy a abandonar a los changos ni a la casa, a nadie voy

a abandonar nunca". Lo peor para ella era el aliento a vino que le tiraba el hombre sobre la cara, ese olor a transpiración rancia, ese traqueteo que hacía la cama cada vez que le pasaba eso, no dejándole una noche sin llanto, ni una mañana sin estar con el cuerpo cansado. Calladito le hacía el hombre las cosas. Nadie parecía enterarse. Los pibes porque eran pibes, y la mina, porque con esos afeites debía entrar en algún trance, debido a esas cremas y líquidos caseros, qué vaya a saber qué cosa tenían de mezcla, ya que se le pegaba el sueño más allá de las horas habituales.

La Elvira estaba cansada, ese día, un día que miraba por la ventana y vio cómo el hombre se acercaba medio tambaleante, no le daba al tranco mejor que a la llave de la puerta, que ni pena le hubiese valido, ya que cuando estaba fuera de sí, apenas de un empujón la abría, pero esa vez le dio por colocarla como si entrara a una casa nueva. Apenas llegó a la cocina, miró a la Elvira, que sumisa, como siempre, bajó la cabeza y dejó que la llevara otra vez para la pieza. Aprovechaba el hombre, amén de las noches, alguna tarde donde los pibes no estuvieran, o que esa mujer, siempre desocupada, se pusiera, por esas casualidades, a realizar la tarea que nunca emprendía y estuviera en otra parte. Siempre el mismo modo. Decirle: Che piba, estás cada día más linda, mírate los pechos, crecen cada vez que los miro, antes eran chiquitos, y ahora. Será porque andás bien servida. Hacía estos comentarios riéndose como un guarango y echándole el aliento sobre la cara. Ella no sabía por qué causa, la Coca, en esos casos, si andaba cerca, en vez de aliarse, por eso del compañerismo, siempre andaba mirando para otro lado, haciéndose la estúpida y dejando que la Elvira, además de todo lo que ya cargaba con el tema del Toribio, se encargara además de los quehaceres

domésticos, los que bien podría haber realizado ella. Para qué diablos habrá venido, de nada se ocupaba, más que de esa facha por demás estrafalaria.

Recordaba que una vez el hombre le dijo que de tanto crío, lo mejor sería traer una mujer fuerte a la casa para que echara alguna manito.

Cada día para la Elvira era una penitencia, una vida rutinaria y vergonzante, donde además, siempre había un crujir de colchones, una cantinela repetida con esa voz aguardentosa que se le escabullía por el cuello, las nalgas, los pechos, esa saliva espesa con olor a vino de dudoso origen, esos dientes que destilaban mugre y ese deseo que le enrojecía los ojos cada vez que se le tiraba encima, mientras que le repetía como una cantinela las mismas palabras todos los santos días, como si no tuviera mejor manera de aclarar las cosas:

- Ché, Elvirita, no cuentes nada de lo nuestro a tus hermanos, menos a mi mujer, ya sabés que la Coca es muy vengativa. Además ya estás grande, ya vas para los quince, no quiero kilombo. ¿Me oíste?

- Pero viejo, cómo se le ocurre, qué les voy a decir, nada les voy a decir. Descanse tranquilo, que después de la siesta, si anda con ganas, antes de que vuelvan los pibes, le cebo unos mates.

Elvira lo dijo despacito, casi dulcemente, con la cabeza reclinada sobre el hombro de su padre.

Cumpleaños Feliz

Federico espera sentado en su cama. Acaba de despertarse de la siesta. Mira la puerta. La madre no llega. Mira por la ventana. Las flores con sus capullos abiertos atardecen con sus tonos aterciopelados y pulcros. Sonríe. Es su cumpleaños. Se viste. Sale de su habitación. Hay ambiente de fiesta. Cuenta los globos. Algunos permanecen todavía en la bolsa, chatos, deformados, sin fuerza. Los infla. Otros, desde el mediodía dan vueltas por el comedor con su aliento desbordado. Los observa. Los hilos se desvanecen sobre la alfombra. Sobre la alfombra los hilos forman orugas que se desparraman contra los flecos y se confunden. Se confunden. Ya parece una sola trama, un solo fleco. Hilos, globos, proyectados en una misma dimensión. El sol cae sobre los colores y los deforma. Los vuelve mágicos, coloridos, infantiles. Sonríe. Ramona, le da un beso. Le da un regalo. Es un tren a pila que arma sobre el piso. Ramona le dice que no desordene, que se prepare. Le dice que se vista. Le deja sobre la cama, un pantalón impecablemente planchado, una camisa, un cinturón de cuero, un par de zapatillas blancas y nuevas. Termina de vestirse. Se peina. Se mira al espejo. Se parece a su papá. Su padre se ha enojado. Se ha ido. No está con él. De la madre saca la mirada. Todos lo dicen. Son sus abuelos que viven en España, que cuando lo ven, también se lo dicen. Ella, la madre (él supone), estará dormida en la planta alta. Es la tristeza que duerme sobre la almohada. Es la melancolía que duerme con ella. En la planta alta nadie responde. La tristeza duerme. No se despierta.

La tarde pasa lenta. Afuera el sol tibio enfrenta el vidrio y lo lastima. Los grandes cortinados y la fina trama de *voile* se mueven por la brisa que de afuera se viene levantando por el soplo de una tarde sin estridencias. El gran sillón del living aparece prolijo ante la satisfacción de Federico. Nada fuera de su lugar; ni el tejido de la madre, ni la pipa del padre, ni el diario, ni la bandeja de plata con la correspondencia sobre el aparador. Prolijo. Todo está ordenado, prolijo. El piso de roble, con sus vetas desiguales, coloradas y brillantes, queda al desnudo, sin una sola mota de polvo. Se planta frente a la puerta. Espera mientras el verde del jazmín desprende azahares, salpica al gran parque de partículas blancas y aromáticas. Aspira. Lo hace en forma profunda. Vuelve a la casa. Del horno emana un suave olor a vainillas que recorre el techo del cuarto al que vuelve a entrar. Sobre el ventilador de techo queda atrapada la torta, el chocolate, el aroma de la infancia dando vueltas, el resto de las partículas blancas y aromáticas que lo siguen como una sombra desde el jardín. Ve a Ramona que prepara la mesa del comedor. Mantel blanco de hilo. Vajilla de porcelana inglesa. Cucharas y cuchillos de plata. Una coloración extravagante tintinea contra las tazas. Las toca. La mucama le dice que tenga cuidado. No las rompe. Las servilletas diminutas tienen cadenitas de hilo con forma de pájaros. Los mira. No los toca. Mira a Ramona. Con la mirada le pide permiso. Se lo concede. Él toma una masita. Una bomba rellena de crema. Le pasa el dedo índice por la blanca pincelada que hace el embudo de hojaldre y lo lame complacido. Ramona sonrío. De a poco la mesa está colmada de las cosas que a él más le gustan. Sonríe. Ella le devuelve la sonrisa. Son las cinco. Espera. Mira el reloj. Luego otra vez el ruido de las tazas. Las cucharitas rebotando sobre la porcelana del plato, las servilletas, los cuchillitos sin filo, el pote de cristal con la base y la tapa, brillantes como espejos.

Es música. Ese sonido que tanto conoce, que tanto disfruta, es música. Se siente feliz al ver la torta: las siete velitas, el centro hecho de merengue con copetes que se doblan sobre el filo del adorno principal. Los bordes con ramilletes de hojas verdes de menta. Le gusta el merengue. La menta. La torta de cumpleaños. Abre una vez más la puerta. Mira el atardecer que surge aterciopelado y pulcro. Se queda mirando el cielo, lo púrpura del cielo que poco a poco es atrapado por un invierno que recién se va. Da la espalda al verde, a lo aterciopelado y pulcro, a lo púrpura del cielo, al invierno que siente que todavía no se va. Camina por el largo pasillo donde en las paredes se enmarca la heráldica de su familia. Se sienta, erguido, preside la mesa. Actúa como dueño de casa. Ramona le sirve chocolate humeante. Cuenta mecánicamente las vainillas que se entrecruzan sobre un recipiente de porcelana. Otra vez los pájaros. Los cuenta. Le gusta contar. Un nido. Una rama. Las hojas cayendo sobre el plato. El pico violáceo de los pájaros. Cuatro pájaros. Le gustaba calcular. Sumar. Restar. Es el mejor de la clase. Piensa que no. Que no lo es. Las cinco y media. Se encienden las velitas. Ramona las enciende. Entona con voz grave, la canción de feliz cumpleaños que se adhiere contra la camisa tiesa, almidonada y tiesa de Federico. El sonrío. Sopla las velitas. Ramona aplaude. El apaga la sonrisa. Parece que se le tuerce. Es una mueca. Mira los pájaros. Están todavía allí. No cantan. Está el nido. Las ramas. Los picos violáceos. No sonrío. Está solo. Los pájaros no cantan. El tampoco.

El disfraz

Pequeña, minúscula, descalza, busca en el gran cajón del dormitorio. Busca sus juguetes preferidos; el oso panda, la gitana de trenzas amarillas, la de los ojos azules, la otra, la de la cara pálida como un nube, la elige, pero no le gusta. Las sienta. Deja que una mesita de madera acumule la vajilla de juguete. Sube a la plataforma de unos zapatos que le quedan grandes. Los aprueba. Otro par tiene los tacos como agujas. Parece que disfruta. Lo que quiere es disfrazarse; una chalina de seda, una pollera con volados, una cartera. Se mira al espejo. Sonríe. El maquillaje curva las pestañas. No sabe bien cómo pintarse. Por un rato se observa, se observa porque no hay nadie. Camina con dificultad. Quiere estar linda. Ser la más linda. Piensa en el vestido que su mamá usa en la fiestas de fin de año. Siempre el mismo de tul con canesú de encaje. Sabe que ella no se le parece, es mucho más pequeña, no tiene su gracia, tampoco el color de su pelo, ni las pestañas arqueadas. Piensa que podría acortarse el dobladillo, quizás una alforza para achicar la cintura por los kilos que no tiene. Camina por el dormitorio. No hace ruido. Quiere que su figura tenga la gracia de una de esas doncellas que relata la abuela. *Sos una princesita le parece oír a su papá, las princesitas no son sólo bellas, sino que siempre tienen una vida hermosa por delante.* Ella quiere serlo, quiere ser la más bella, que la vida sea un cuento eterno de hadas. Sueña con bajar por la escalinata y que un príncipe la espere para ofrendarle esa vida prometida, placentera, ese reinado donde la felicidad sea su sello inconfundible. Se viste. Se

mira. Aún no puede verse como quiere. Se pone aros y collares. Se pinta la boca con pulso inseguro. Se levanta el pelo. Quiere darle forma con una peineta. No le gusta. Se lo suelta. Quiere tener volumen. Un pelo en cascada. Un pelo en cascada. Rojo. Voluminoso. En cascada. Rojo. Sin embargo aparece con poco volumen sobre la cara, sobre los ojos exageradamente maquillados, esos que parecen admirar las gitanas, al oso panda, la mesa recién tendida.

Mueve las caderas levemente. Parece perder el equilibrio. Se vuelve a mirar. Siente que está preciosa. Pone los labios frente al vidrio. Imagina que al menos el papá, si no el príncipe, en ese beso, vendrá a rescatarla.

Sonríe. Observa el canesú de encaje, la pollera, los volados, los zapatos de taco alto. Vuelve a posar los labios contra el espejo. No parece reconocer la mirada de la mujer. La que se hace eco de un desprecio mal disimulado. Viste uniforme blanco y una cofia que ella confunde con una tiara. Es la que descubre a la anciana sobre un sueño inexistente: Le saca los zapatos, la chalina, los aros, le dice a la abuela que la tiene harta, que le tirará todos esos trastos viejos, que ya no hay más cuentos de hadas, que ya pasó el tiempo de disfrazarse.

Juego de mano, juego de villano.

Dice que calle, que pueden llegar a oír. Dice que los que están afuera pueden llegar a oír. Que no llore. Que los niños no lloran. Que él aprendió y no llora. Que lastimarse al jugar no debe dar miedo. Que una pequeña lastimadura no hace daño, por el contrario, fortalece. Que todo pasa. Que a jugar se aprende. Que él está siempre dispuesto a enseñar, así como enseña a cruzar la calle, a pedalear sin rueditas en la bici, a la lucha cuerpo a cuerpo, a *tactlear* para que el contrincante largue la pelota, a ser buen perdedor, buen compañero. Dice que los más grandes enseñan a los más chicos. Que hacerse hombre no cuesta, lo que cuesta es mantener esa imagen en el tiempo. Que ser niño es una ventaja. Que los adultos no dan crédito a lo que dicen, pero tampoco se los culpa de nada.

Dice que hay que lavarse la cara. Que las lágrimas afean. Que la cara de los niños se asemejan a los ángeles cuando duermen.

Dice que no llore. Que todo cicatriza. Que el desnudo de un cuerpo joven es una pintura perfecta. Una escultura sensual y atrayente. Dice que hay que darse un baño. Que es la hora de acostarse. Que es así como se crece; cerrando los ojos, dejándose llevar.

Lo dice el tío Carlos (todavía me parece que lo dice), cada noche, cuando entro en mi cuarto.

INDICE

<i>Prólogo, por Liliana Díaz Mindurry</i>	9
<i>La llama del Dragón</i>	19
<i>La Elvira</i>	29
<i>Cumpleaños Feliz</i>	35
<i>El disfraz</i>	39
<i>Juego de mano juego de villano</i>	41
<i>El alféizar</i>	43
<i>El vuelo de las mariposas</i>	51
<i>Lista de invitadas</i>	53
<i>El espejo</i>	61
<i>El tren expreso</i>	71
<i>Ella</i>	77
<i>El llanto de la sirena</i>	87
<i>La ciega luz del invierno</i>	93
<i>Los ojos de la muñeca</i>	97



En la felicidad existe la satisfacción o la complacencia en la plena posesión de un bien: pero en las bienaventuranzas del Sermón de la Montaña, todo se invierte, se vuelve contradictorio. Es feliz el que es pobre, llora o es perseguido. Para decirlo en los verdaderos términos son felices los infelices. La situación de los niños no pertenece al contexto del mentado Sermón; no obstante a los niños le está

reservado el mismo Reino de los pobres, los que lloran o los perseguidos, por tanto es posible que los niños vivan esa situación paradójal. Y de esa situación trata este libro de relatos.

(...)Un escritor, como decía Hegel, logra la dicha pura de saber que eso que surge a la luz no es otra cosa que lo que dormita en la noche. Los niños no saben que esta posibilidad sólo reside en la escritura. Es la única venganza. Por eso, como soñaba Mallarme, los poetas sólo se interesan en la realidad del lenguaje porque no se interesan en la realidad del mundo. Me animo a imaginar que allí se recupera la infancia en su posibilidad de juego, de dicha inventada y sustituye a la petrificación del muñeco por palabras siempre abiertas. Camila en "Los ojos de la muñeca" ha realizado el tránsito a lo real insoportable y la muñeca es la farsa para aniquilar, a la vez que el aniquilamiento de la tierra prometida de Marcel Schwob. (...)

Habrà que leer con cuidado y mucho interés este libro, que sí es bello y sucede, con la ferocidad prometida. Literatura es lenguaje en tensión como la infancia. Se acercan peligrosamente. *Felices los niños, felices los infelices, es prueba de ello.*

El poder extraño y perfecto de lo salvaje.

Liliana Diaz Mindurry

